

pública no he conocido mas temor que el de estar fuera del derecho; que, apoyado por mi conciencia y armado con mis principios, lucharía contra el mundo entero, concededme que pueda trabajar y votar por vosotros en la Asamblea nacional, y puedan mis deseos convenceros de que no me dejaré amedrentar por vana gritería ni por ofensivas protestas ni por apasionadas amenazas, ni, en una palabra, por las convulsiones de la superstición moribunda. ¡Ah! ¿cómo intimidar á un ciudadano que en su carrera pública se ha dejado censurar, que ha sido el primero en expresar en alta voz su opinion sobre los asuntos del país en una época en que las circunstancias no eran tan apremiantes y en que su mision era mas peligrosa? No, los ultrajes no intibiarán mi perseverancia. He sido, soy y seré hasta la muerte el hombre de la libertad pública, el hombre de la Constitucion. ¡Ay de las clases privilegiadas si un hombre como yo llega á ser el hombre del pueblo antes que el de la nobleza, pues los privilegios perecerán y el pueblo no muere nunca!»

La sensacion que los discursos impresos de Mirabeau produjeron en el pueblo, se vió claramente cuando, despues de una corta permanencia en Paris, regresó á Provenza. En Aix y en Marsella se le tributaron honores como á un rey que vuelve triunfante de una guerra nacional. Pueblo y corporaciones, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, todos se precipitaban á saludar al padre de la patria y aclamarle con loco entusiasmo (1). A él, al ídolo de las masas, acudió en demanda de auxilio el comandante de la provincia, conde Caraman, cuando en 22 de marzo estallaron en Marsella serios motines, y Mirabeau, organizando la burguesía contra la plebe, encontró medios para restablecer el orden y la tranquilidad (2). Mientras así gobernaba en Marsella como dictador, ocurrió en Aix una sangrienta colision entre el pueblo y las tropas: allí acudió Mirabeau, mostrando una presencia de espíritu que cautivó á todos. Previéndose en el mercado de la propia villa un tumulto por cuestion del pan, se reunió una milicia ciudadana que Mirabeau habia organizado durante la noche y al frente de la cual iba él en persona como tribuno que no necesita mas que hablar para ser obedecido, «como un padre adorado por sus hijos.»

Dados esos antecedentes, se adivinaba que obtendria un triunfo excepcional en las elecciones. En ambas ciudades fué elegido diputado por el tercer estado; pero, renunciando al mandato de Marsella, se presentó en Versalles como representante del tercer estado de Aix, decidido de antemano á no limitarse al papel de orador parlamentario. Apenas se presentaron los diputados en la corte, cuando el primer número del *Diario de los Estados generales*, por él fundado, censuró duramente aquel ceremonial humillante para los plebeyos, tomado de la etiqueta cortesana de 1614, que no se avenia con el espíritu dominante en 1789. General descontento causó en particular la disposicion adoptada por el gran maestro de ceremonias, marqués de Brezé, en virtud de la cual todos los diputados del tercer estado debian usar traje negro, fundándose para ello en que todos ellos habian sido jurisconsultos y en que tal era el uniforme de estos en 1614 (3).

El día 4 de mayo se celebró la procesion solemne de los diputados y de la corte, que saliendo de la iglesia de Nuestra Señora se dirigió, recorriendo toda la ciudad, hácia la iglesia de San Luis. Espectáculo fué aquel que no se borró de la memoria de cuantos lo presenciaron (4). Las anchas

(1) *Mémoires*, V, pág. 248.

(2) *Mémoires*, V, pág. 292.

(3) *Mémoires de Mirabeau*, VI, pág. 35

(4) Michelet: *Histoire de la Révolution française*, Paris, 1868, I, página 102.

calles de Versalles, por donde pasó la comitiva, cuya carrera formaban los guardias franceses y suizos, no podían contener el inmenso número de espectadores; de Paris habían acudido allí muchos millares de personas; las ventanas y las azoteas estaban llenas de gente, y en los balcones, adornados de tapices, flores y plumas, brillaban las damas vestidas con los mas ricos trajes de la época, viéndose entre ellas, al lado de la condesa de Montmorin, á la hija de Necker, la ilustre Mad. Stäel, que con tan vivos colores nos pinta la emocion con que presencié aquel espectáculo (5).

Abrian la comitiva 550 delegados del tercer estado, que todavía no tenia allí completa su representacion; distinguíanse por su traje negro y marchaban con paso firme, siendo por do quier saludados con estas palabras: «¡Valor, bravos ciudadanos!» Entre ellos iba el conde de Mirabeau, de cuerpo grueso y musculoso, cabeza grande y melenuda, con la fatiga y el sufrimiento pintados en el semblante y con dos brillantes ojos que parecian decir: desafío á los que se atreven á manifestarme desprecio. «Era difícil, dice la Stäel, apartar de él los ojos cuando se habian fijado una vez en él: su extraordinaria cabellera le hacia sobresalir por encima de todos: á haber residido en ella su fuerza, hubiera sido la de Sanson; la fealdad de su rostro le daba mayor expresion y el conjunto de su persona era la imágen de un poder salvaje, tal como nos lo figuramos en un tribuno popular.» La hija de Necker, cautivada por lo grande del espectáculo, se entregó por completo á la alegría de ver reunida por vez primera la representacion del pueblo francés; pero la condesa de Montmorin le dijo con un tono enérgico que la sorprendió: «Haceis mal en regocijaros: de todo esto saldrán males sin cuento para la Francia y para nosotros (6).»

El pueblo solo tuvo afecto y aclamaciones para el tercer estado; ninguna demostracion de simpatía tuvo para el grupo de la nobleza, que desfilaba por delante de él con sus relucientes sables, sus flotantes plumeros y sus trajes recamados de oro, y mucho menos para los morados trajes de los prelados, que estaban separados por una música, de los doscientos curas. El rey fué acogido con grandes aclamaciones; en cambio la reina no fué aclamada por nadie, y aun hubiera podido darse por muy satisfecha con que se la acogiera con un silencio absoluto: léjos de esto, las mujeres callejeras le lanzaron la siguiente exclamacion que le heló la sangre en las venas: «¡Viva el duque de Orleans (7)!» El duque de Orleans era el mayor de sus calumniadores y el mas implacable de sus perseguidores. La reina estuvo á punto de sufrir un síncope, y los que la rodeaban tuvieron que sostenerla para que no cayera; entonces necesitó de toda la fortaleza de alma de que tantas pruebas dió despues, para ponerse sobre sí y proseguir con ánimo sereno su marcha.

De entre todos los miembros de la asamblea, solo uno se sentia con verdadera energía, y era el conde Mirabeau. Su gran día habia despuntado, el tiempo de mostrar su talento y su poder habia llegado. Habíase operado un movimiento que ahogaria el antiguo mundo y crearia otro nuevo. Con el antiguo pensaba enterrar su vida de jóven, y con el nuevo llegar á ser otro hombre y saldar las deudas de su pasado con grandes servicios prestados al país. Con la admiracion y la gratitud de su pueblo se persuadia de que habria conse-

(5) *Considérations sur la rep. française*, I, pág. 184.

(6) En efecto, como dice la Stäel, «aquella infeliz señora y toda su familia tuvieron un fin desastroso: ella y uno de sus hijos murieron en el cadalso; el otro enfermó; su esposo fué muerto el día 2 de setiembre de 1792; su hermana mayor murió en la cárcel, la menor en Gram á los treinta años de edad. La familia de Niobe no padeció tantos martirios como aquella pobre madre: parecia como si hubiera presentado su suerte.» *Considérations*, I, pág. 187.

(7) Campan: *Mémoires*, II, pág. 37.

guido aquello por lo cual mas suspiraba su alma, es decir, el mas precioso de todos los bienes: la regeneracion de su personalidad y la reconquista de un nombre glorioso. «Con franqueza suma, decia su amigo Dumont, solia confesar los pecados y pasiones de su juventud y lamentar los errores en que se habia perdido, pero al propio tiempo se anunciaba como hombre que quiere enmendar las faltas cometidas utilizando sus talentos en pro de la humanidad y de la libertad, de las cuales prometia que no le habia de separar ya mas mira alguna interesada. En medio de sus excesos habia conservado cierta elevacion de ideas y cierta dignidad, con una firmeza de carácter que le ponía por encima de todos los mortales y de todos los fantasmas que en Paris se encontraban. Tentado estaba uno de disculparle con las circunstancias en que se encontró y de pensar que sus virtudes eran méritos propios y sus faltas no eran culpa suya (1).»

Al siguiente día quiso ya poner manos á la obra. La asamblea de los Estados debia comenzar sus tareas el 5 de mayo; Mirabeau tuvo por cosa cierta que Necker persistiria en desempeñar el papel que con la proposicion del 27 de diciembre se habia trazado; así es que cuando despues el ministro dejó sin resolver lo que desde un principio debia haber resuelto, solo habia un medio para evitar el mal, cuya magnitud no sospechaba Necker, y este medio fué el que adoptó Mirabeau dirigiendo al rey, en cuanto el ministro hubiese terminado su discurso, una allocucion cuyo texto habia escrito cuidadosamente de antemano.

El manuscrito autógrafo de aquel discurso se ha encontrado entre la herencia de uno de sus secretarios, y merece reproducirse porque no pudo ser pronunciado.

«Señor, queria decir Mirabeau, vuestros súbditos suplican á V. M. que permita discutir, antes de que la asamblea se separe, si los miembros que la componen deben permanecer separados. Reunidos en virtud de orden vuestra, constituimos la representacion nacional en cuanto lo permite una convocacion. Presididos por V. M., nosotros y solo nosotros tenemos el derecho de fijar la forma de nuestras discusiones; V. M. en cambio tiene el indiscutible derecho de impedir que se resuelva antes de ser bien examinada la importante cuestion de si los estados deben separarse ó permanecer unidos. Resuelta quedaria ciertamente si V. M. quisiera que comenzáramos por separarnos; pero el estado natural de toda asamblea es evidentemente la union de todos sus miembros, los cuales por su naturaleza constituyen una unidad mientras no se separan. Para resolver si deben separarse es preciso dejar que antes se reúnan, pues seria una verdadera anomalía comenzar por separarlos para saber si deben estar reunidos.

»Señor, los municipios agradecen á V. M. la solemne ley de bondad y de justicia que ha reconocido por fin á la nacion en los Estados del Reino y que ha puesto los privilegios de ciertas clases al nivel por lo menos de los derechos de todos los franceses. ¡Completad vuestra obra, magnánimo príncipe! Habeis tenido el alto pensamiento y el virtuoso deseo de someter vuestras propias prerogativas á la discusion del pueblo, de ese pueblo del cual emana indudablemente todo poder y que por aclamacion os entregaria el cetro si ya no lo tuviérais en vuestras manos. ¿Podráis vacilar en permitir que ese pueblo examinara las ambiciosas pretensiones de algunos privilegiados, que pretenden decidir una cuestion que solo puede resolver la voluntad de todos? No confie V. M. á las preocupaciones de los estados lo que debe caer bajo el dominio de la razon de todos. No someta á los azares del juego el fruto del acto mas bello de su gobierno; no rechace V. M.

(1) Dumont, págs. 27-28.

el único medio que tiene de conocer y realizar la verdadera voluntad nacional. Digno de tomarse en cuenta es el temor de que la presencia de V. M. pueda influir en nuestras deliberaciones; pero conviene disipar en el ánimo de V. M. ciertas dudas acerca de la justicia de nuestros mas ardientes deseos, y los municipios suplican á V. M. que permita que esa gran cuestion, que ha de decidir acerca de la suerte de esta asamblea y del porvenir de la misma monarquía, sea discutida en vuestra presencia. Entonces comprenderá V. M. fácilmente de parte de quién están el derecho, la verdad, las buenas intenciones, el celo en favor del trono y el amor á la sagrada persona de V. M.

»Pongo mi súplica escrita á los pies de V. M. y pido que sea incluida en el acta de la asamblea.

»En la Asamblea de los Estados á 5 de mayo de 1789. — *El conde de Mirabeau* (2).»

## CAPITULO II

### LA ASAMBLEA DE LOS ESTADOS GENERALES Y LA ASAMBLEA NACIONAL

En el gran salon de Versalles conocido por *Salle des Mémoires* (3), adornado con veinte columnas dóricas de arte y gusto exquisitos, y capaz para 5,000 personas, salon que hoy no existe, tuvo efecto en el memorable día 5 de mayo de 1789 la apertura solemne de la Asamblea de los tres estados, que hacia ciento setenta y cinco años que no habian sido reunidos. A los lados de aquel inmenso salon estaban sentados el clero y la nobleza con sus lujosos y brillantes trajes; en el centro el tercer estado, y en un estrado que se alzaba frente á él estaba el rey con toda la corte, y al pié, junto á una mesa cubierta con un tapete verde, los ministros y los consejeros de Estado. En el espacio comprendido entre las columnas, lo mismo que en las tribunas superiores, habia mas de 2,000 espectadores, señoras y caballeros, con sus mas ricos trajes de gala.

«El monarca, dice un testigo presencial (4), tiene un papel en la mano que apoya en el trono; un silencio absoluto reina á su alrededor; nadie se atreve á respirar; los oidos escuchan atentamente. La primera palabra que salga de labios del rey debe romper aquel silencio que ha durado cerca de dos siglos. Despues de dirigir un momento su vista á todos los ámbitos del salon, dice con voz clara y sonora: «Señores: El día que tan ardientemente deseaba mi corazón, ha llegado por fin y hoy me veo rodeado de los representantes de la nacion que me enorgullezco de gobernar. Un largo período ha transcurrido desde la última reunion de los Estados del Reino; y á pesar de que la convocacion de tales asambleas parecia fuera de uso, no he vacilado en reanudar una tradicion que puede dar nuevas fuerzas al Reino y ser para la nacion nuevo manantial de felicidad. La deuda pública, que ya era inmensa al encargarme yo del gobierno, se ha aumentado durante mi reinado, pero la causa ha sido una guerra gloriosa. El aumento de los impuestos tenia que ser la consecuencia necesaria de la guerra, lo cual ha hecho mas sensible la desigualdad de su reparto. Por otra parte, una intranquilidad general, un temerario deseo de novedades se ha apoderado de los ánimos, y acabaria por extraviar la opinion si

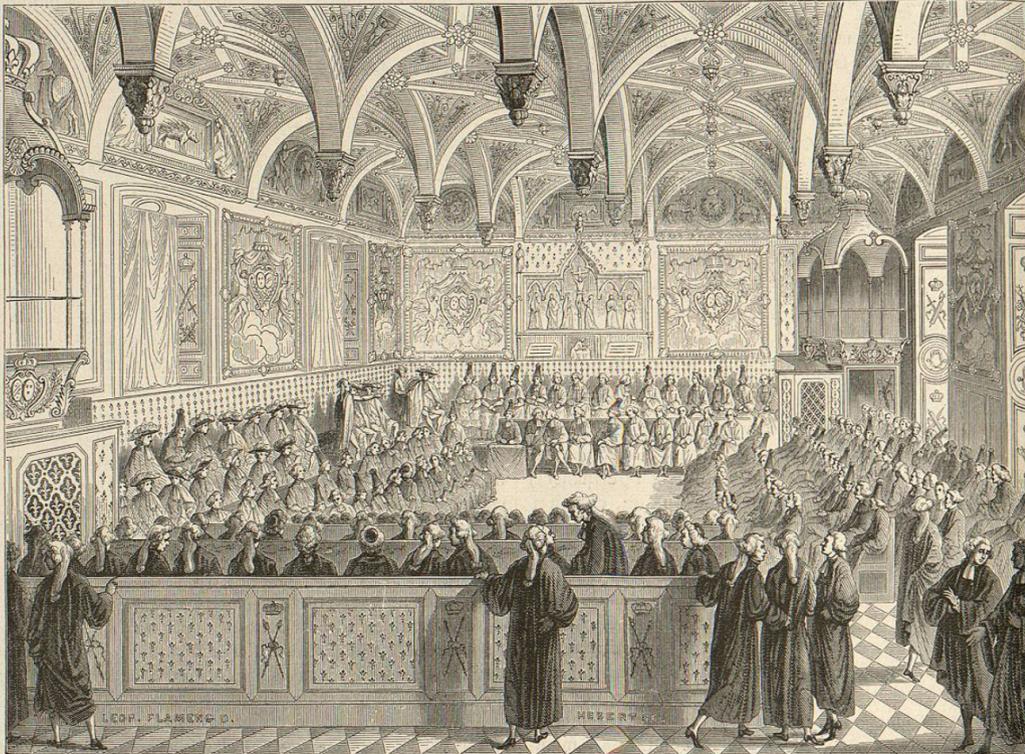
(2) Passy: *Frochot, préfet de la Seine*. Evreux, 1867, págs. 9 á 11. La fecha 5 de marzo que consta en el original ha sido escrita ó impresa equivocadamente en vez de 5 de mayo.

(3) *Histoire de la Révolution française par deux amis de la liberté. Nouvelle édition*. Paris, 1792, I, pág. 166 (impresa por primera vez en 1790).

(4) Idem, pág. 168.

no nos apresurásemos, con nuestra concordia, á señalarle mas sabios y moderados horizontes. En esta confianza, señores, os he convocado, y con *sensibilidad* (*avec sensibilité*) veo que los dos primeros estados han correspondido á ella disponiéndose á renunciar á sus privilegios pecuniarios. Mis esperanzas de que todos los estados contribuirían unidos conmigo al bien del país no se han visto defraudadas. Ya he ordenado que se introduzcan en los gastos considerables limitaciones. En este sentido, me presentareis nuevas ideas que acogeré con gusto; pero á pesar de los recursos que la mas severa economía puede proporcionar, temo, señores, no

poder disminuir tan pronto como quisiera las cargas que pesan sobre mi pueblo. Voy á trazaros el cuadro fiel de la situación de la hacienda, y estoy de antemano convencido de que despues de haberla estudiado detenidamente, se pondrán los medios mas eficaces para fijar definitivamente el órden en ella y para robustecer el crédito público. La obra magna y santa que ha de dar bienestar al Reino en el interior y consideracion en el exterior, ha de ser vuestra principal tarea. Los ánimos están excitados, pero los representantes de la nacion no atenderán sin duda mas que á los consejos de la sabiduría y de la prudencia. Vosotros mismos podreis



Asamblea de los Estados generales en el palacio de Versalles

ver cuánto se han alejado recientemente de ellas los hombres, pero el espíritu que ha de presidir á vuestras discusiones corresponderá á los sentimientos de una nacion que en todos tiempos se ha distinguido por el amor á sus reyes: no quiero hacer otra suposicion. Conozco la autoridad y el poder de un rey justo, en medio de un pueblo fiel y adicto á los principios fundamentales de la monarquía, que han dado gloria y esplendor á la Francia. Por esto seré su constante defensor. Todo lo que podais pedir de mi cariñoso celo por el bien comun, y de un soberano que es el primer amigo de su pueblo, esperadlo de mis sentimientos. ¡Ojalá reine, señores, en esta asamblea la concordia y pueda esta época ser memorable para la felicidad y prosperidad del Reino! Tal es el deseo de mi corazón, la mas ferviente de mis plegarias, el premio, en fin, que espero como recompensa de la sinceridad de mis intenciones y de mi amor á mi pueblo.»

Hemos reproducido textualmente el discurso del rey, que la mayoría de los historiadores suprimen, porque en pocas palabras contiene todo lo que dijeron muy difusamente los

dos ministros que despues de él hablaron. El de Justicia, Barentin, y el de Hacienda, Necker, con toda su palabrería, no dijeron mas de lo que dijo el rey en el tono de un bondadoso padre del país, afligido por graves cuidados, y esta falta fué precisamente la desgracia de la monarquía. Nada dijo el monarca respecto de una nueva Constitucion, sin la cual la representacion del pueblo francés no tenia esfera jurídica en que moverse; nada dijo tampoco acerca de la importante cuestion de la votacion por cabezas ó por estados; antes al contrario, habló del probable sacrificio pecuniario de los estados privilegiados de una manera que parecia como si considerara aquella concesion suficiente para poner término á la lucha legal del tercer estado. El cuadro que se desprendia de las observaciones del rey se reprodujo en los discursos de Barentin y de Necker, con la sola diferencia de que lo que ya se esperaba del primero causó en el discurso del segundo un gran desencanto al tercer estado. La lectura de la arenga de Necker, que duró tres horas, puso á prueba la paciencia de todos; pero fué un verdadero tor-

mento para el tercer estado, que sufrió la soñolienta pesadez de la lectura de números en la esperanza de que al final se pronunciara la palabra de redencion que todo lo compensara. A pesar de que así no fué, el tercer estado mostróse tan prudente á la terminacion como se habia mostrado durante el curso de la arenga. Necker presentó una memoria financiera que conducia al sorprendente resultado de que el déficit anual solo se elevaba á cincuenta y seis millones, deduciendo de aquí que el rey habia convocado los estados, no por necesidad, sino impulsado simplemente por sus mas fervientes deseos. Necker esperaba que la patriótica abnegacion de los estados privilegiados (1) pondria término á la lucha de clases, y con todos los recursos de su oratoria celebraba de antemano el frís de reconciliacion que ya veía brillar en el horizonte. Respecto de la mas candente de las cuestiones, cual era la de la votacion por cabezas ó por estados, no supo decir mas que estas palabras: «Pronto vereis que para mantener el órden existente y para contener el espíritu innovador, es muy conveniente confiar las discusiones á dos ó tres estados, y que cuando el tiempo ó los asuntos exijan rápida resolucion ó unidad de conducta y de interés merece la preferencia la deliberacion en comun. Este y otros principios serán examinados por vosotros con una imparcialidad hasta ahora no usada, cuando la abolicion de los privilegios pecuniarios haya igualado y unificado vuestros intereses.» De modo que en una cuestion acerca de la cual tenian formada opinion todos los franceses, el gobierno no queria tenerla, ó por lo menos no queria darla á conocer, debiendo la asamblea acomodarse á sus deseos hasta tanto que los estados privilegiados hubieran depositado espontáneamente su limosna en el altar de la patria.

Entre los pocos á quienes no sorprendió esta salida se contaba el conde de Mirabeau. Ya conocemos el discurso que queria pronunciar en presencia del rey para promover una discusion y un acuerdo que hubiera hecho luz desde el primer momento (2). Contaba con la conocida debilidad del rey, á quien tan fácilmente un apóstrofe desconcertaba é impulsaba á hacer aquello mismo que no queria; contaba tambien con los doscientos párrocos y con los nobles desocupados, que con el tercer estado formarian una enorme mayoría contra los fanáticos de las clases privilegiadas; contaba, por último, con el poder de su elocuencia, con la fuerza de sus razonamientos, con la solemnidad del momento y con el carácter ardiente de sus compatriotas, á quienes conocia tan bien como conoce un artista su instrumento de cuerda. Pero todo su plan fracasó. Quizás porque tenia de él noticia, el rey se levantó inmediatamente despues que hubo concluido de hablar Necker y abandonó precipitadamente el salon acompañado de un atronador: «¡Viva el rey!» y seguido por toda la asamblea.

A Mirabeau no le quedó mas recurso que desahogar su corazón en un artículo del segundo número de su *Diario de los Estados generales*, censurando duramente el discurso del por todos celebrado Necker (3). En él decia que la asamblea habia estado escuchando durante tres horas mortales para en definitiva no oír nada de lo que con razon esperaba. «La Asamblea nacional no oyó hablar del derecho inalienable y sagrado de votar los impuestos, de aquel derecho que hace mas de un año reconoció el rey en el pueblo.» El discurso del ministro no contenia «un principio, ni una afirmacion indiscutible, ni un pensamiento de hombre de Estado, ni un rasgo de hombre de hacienda ni ningun plan de reforma de

esos que se han anunciado, ni ninguna base de estabilidad á pesar de estar destinada á este objeto una de las partes del discurso, y cómo podía crear semejante arenga un nuevo órden de cosas cuando no se atrevia á hablar de una Constitucion?» Ya sabemos que Necker carecia en este punto de opinion propia (4), sin la cual nada vale un hombre de Estado, y no podemos considerar casualidad ni apostasía el hecho de que, poseido de la preocupacion de la inutilidad de la Asamblea y sin mala intencion alguna, hablara del antiguo y funesto sistema de hacienda, especialmente de las anticipaciones, con las cuales el gobierno hubiera podido economizar, en un tono que Mirabeau encontró con razon «inmoral é impolítico.» Mirabeau consideró tambien insoportable lo que dijo el ministro respecto de los privilegios y de la cuestion de la votacion. «En este punto, el ministro que hasta ahora ha sido considerado como columna del pueblo, ha sacrificado sutilmente los principios fundamentales en aras de unas vanas fórmulas de reconciliacion que sin atraerle las simpatías de las clases privilegiadas podrán indignar á las demás é introducir el desórden y la confusion en las primeras sesiones de la Asamblea nacional.» «Es de esperar que el ministro de hacienda comprenderá que ha pasado ya el tiempo de navegar de bolina, que no puede resistirse á la corriente de la opinion pública, que es preciso ó dejarse llevar por ella ó ser por ella arrastrado, que ha pasado la época de las intrigas y del vértigo, que las cábalas perderán á sus pies si permanece fiel á sus principios y le desmontarán si se aparta de estos; que él, disfrutando como disfruta de una popularidad nunca vista, no debe temer sino su propia desercion del campamento de los que sostienen su causa y que, dada la situacion en que se encuentra la monarquía, es tan necesaria una energía inquebrantable como una paciencia á toda prueba. Es de esperar tambien que los representantes de la nacion demostrarán en lo sucesivo mayor conciencia de la dignidad de sus funciones, de su mision y de su carácter, y que en vez de entregarse á un entusiasmo incondicional y de ofrecer ante la Europa el espectáculo de niños de escuela que se burlan de los azotes porque se les promete un día mas de libertad, demostrarán ser verdaderos hombres.»

El gobierno, en la indignacion que este artículo le produjo, acordóse de que en la antigua Francia, lejos de haber libertad de imprenta, habia una policia para la prensa; en 6 de mayo se promulgó un decreto del rey en virtud del cual se suprimió el diario de Mirabeau y se prohibió la publicacion de todo periódico que no estuviera expresamente autorizado. A pesar de esto, pronto se convenció con espanto de que la libertad de que en materia de imprenta se disfrutaba de hecho desde la lucha con los Parlamentos no podía ya ser abolida ni restringida. Mirabeau, en un violento artículo, protestó de aquel decreto calificándole de delito de lesa majestad cometido contra la nacion y contra sus derechos inalienables (5), y la asamblea del tercer estado de la ciudad de Paris suspendió el día 7 sus debates sobre sus actas para protestar unánime contra la supresion del *Diario de los Estados generales* y para pedir la libertad de imprenta á lo menos para la Asamblea nacional. Mirabeau cambió el título de su periódico por el de *Cartas á mis comitentes*, y luego por el de *Correo de Provenza*, despues de lo cual el gobierno no volvió á molestarle á él ni á ningun otro publicista.

La primera tarea en que debian ocuparse los estados reunidos era el exámen de las actas, tarea completamente neutral cuyo único objeto era averiguar la validez formal de los certificados en virtud de los cuales los representantes de los tres es-

(1) Las palabras de su discurso referentes á esto las hemos reproducido mas arriba.

(2) Véase mas arriba.

(3) *Mémoires*, VI, pág. 38.

REVOLUCION FRANCESA

(4) Véase mas arriba.

(5) *Histoire parlementaire de la Révolution française par Buchez et Roux*, Paris, 1834, I, pág. 379.